

EL MAESTRO

TERCERA PARTE DE LA SAGA "EL PROFESOR"

UNA HISTORIA DE AMOR, INTRIGA Y SUSPENSE



PABLO POVEDA

Después de diez años escondido, la vida de León se derrumba tras encontrar un mensaje: Komarnicki está vivo y quiere acabar con él. No puede creerlo. Está desesperado. Necesita respuestas. Desde Londres, Marcin, su hijo, recibe una señal: la espera ha terminado y debe regresar a Varsovia para llevar a cabo el plan de su abuelo. Sin embargo, alguien ha puesto precio a su cabeza para que no lo haga. El día del juicio ha llegado.

Más acción y aventura, más suspense, más crímenes, más romance y una gran sed de venganza. Recorre Polonia junto a León y Marcin para conocer el desenlace de esta exitosa saga.

*Quizá la más grande lección de la historia es que
nadie aprendió las lecciones de la historia.*

Aldous Huxley

Parte Uno

Parte I - León

1

Una ráfaga de viento en la calle creaba un remolino de hojarasca propia del otoño. La ciudad de Varsovia descansaba sobre una tranquilidad ficticia en la que nada era lo que parecía. El paso firme sobre el suelo hacía crujir las hojas. Un pequeño Labrador Retriever de color crema lo seguía con elegancia.

Todavía sentía molestias al caminar. Jamás se acostumbraría a esa pierna de acero.

No era una extensión de su cuerpo, pese a que funcionara de un modo similar. Pero pudo haber sido peor y no volver a caminar tras El Mal Día.

La cabellera oscura había comenzado a poblársele de canas. León pasaba los cuarenta, arrugado y con la mirada apagada.

El cielo despejado mostraba un claro infinito, el sol radiaba sobre su cabeza. Lo agradeció y su perro también. Los días finales de octubre comenzaban a ser fríos y quedarse quieto en la calle pasaba a ser un placer escaso para valientes.

El perro ladró.

Dubitativo, se detuvo junto a un banco del parque.

—Kacper —dijo—. Ven aquí, amigo.

León vislumbró a lo lejos a un grupo de jóvenes que pintaba con aerosoles sobre un muro abandonado.

Leyó lo que escribían y dio media vuelta.

—Vamos a casa —dijo y el animal obedeció.

Regresaron camino abajo por la calle Spacerowa hasta Belwederska y tomaron el primer autobús que pasó por allí. Los jóvenes del parque lo habían desorientado. León pensó que el país no lograba salir de sí mismo: una primera democracia escasa, antes de la invasión germánica y rusa; un

período democrático limitado tras la caída del Muro y unos años baldíos como resultado de una guerra civil imprevista. Los cimientos de una sociedad que parecían hechos de cartón piedra estaban a punto de desmoronarse de nuevo.

Sumergido en su desván de pensamientos, desvió la atención cuando algo vibró en su bolsillo.

Sacó el teléfono y respondió.

—Cariño... —dijo en polaco—. Estoy de vuelta a casa, he ido a dar un paseo con Kacper.

—Lo imaginaba —dijo Wiktoria—. ¿Puedes hacerme un favor? He olvidado comprar algo.

Wiktoria cocinaba el arroz con curry y pollo que tanto le gustaba a León. Juntos habían tenido a Kalina, una niña de pelo oscuro como el padre y ojos azules como la madre.

Ellas eran todo lo que más quería en su vida. Sin embargo, aunque se lo repitiera como un mantra, no dejaba de ser una verdad a medias. El perdón era algo que necesitaba más que un poco de fe. Los demonios del pasado no cesaron de aparecer en sus días, uno tras otro, durante diez años, después de El Mal Día. Así era como se refería a su último encuentro con Marcin, Zofia y Komarnicki, el instante en el que vio por última vez a su primogénito y perdió la pierna. Wiktoria prometió cuidar de él y no le supuso esfuerzo alguno enamorarse de su carácter. El español no dejaba de ser un hombre leal con un pasado tenebroso, que poco a poco comenzó a ver la claridad con la llegada al mundo de Kalina.

León ató la correa del perro a un árbol, entró en una tienda de ultramarinos y caminó hasta el estante de las latas. Siguió las instrucciones que le había dicho Wiktoria y continuó hasta el pasillo principal. Allí observó una cámara frigorífica con botellas y latas de cerveza en su interior. Apartó la vista, sintió una presión en la cabeza, después en las manos.

Sé fuerte, se dijo y comenzó a impacientarse al ver que la cola no avanzaba.

Llevaba tres años sin probar gota y todavía sentía la fuerza del alcohol sobre él.

Había trabajado mucho para acallar a su yo interior.

Pensó que jamás saldría de ese agujero psicológico.

Si León se aficionó a la bebida durante sus años en Pastavy, la pérdida de la pierna y las consecuencias de El Mal Día fueron razones más que suficientes para ahogar su tristeza en el alcohol.

Todo comenzaría con la cerveza.

Al principio, sólo bebía por las noches, mientras el país se recomponía por sí mismo. León jamás fue el héroe que Wiktoría esperó que sería. El Mal Día terminó con una sucesión de hechos que marcó las semanas posteriores.

La población interpretó mal lo ocurrido, culpando a la resistencia de una guerra civil provocada. Una vez restablecida la paz en la nación, el Gobierno provisional necesitaba culpables. Para entonces, León poseía una identidad nueva y ficticia que le otorgaba una coartada perfecta y lo desligaba de cualquier presunción. Tanto él como Wiktoría decidieron cambiar de residencia temporalmente, atrincherándose en Osieck, un minúsculo pueblo de agricultores, a setenta kilómetros de Varsovia.

Una pequeña casita de madera de herencia familiar en medio del bosque serviría para ahuyentar a los curiosos.

No obstante, las carencias de la vivienda se notarían con la llegada del otoño.

Allí, los únicos pasatiempos eran la lectura, los paseos cortos hasta el pueblo y la compañía de Wiktoría. Durante días, la joven dejaba al español a solas en aquel lugar para acudir a la ciudad y contactar con el resto de la resistencia. Una vez la calma se hubo instalado en Varsovia, todavía quedaban muchos cabos que atar y cables que soldar.

Durante la sublevación y las noches de charlas en la base militar, varios aspirantes a líder asumieron la formación de un Gobierno provisional sucesor a la guerra civil. Era

una cuestión de tiempo y les mantendría excusados mientras los otros debatían su vida entre munición y bayonetas.

Para los polacos, León suponía una amenaza.

El liderazgo y la experiencia, la falta de miedo y el don para convencer a cualquiera era lo último que querían entre las filas.

Un español gobernando un país que no era el suyo, qué infamia, pensaron.

Cuando Wiktoría se dio cuenta de ello, fue demasiado tarde: León aprovechaba sus ausencias en la ciudad para visitar el pueblo y comprar cerveza.

Poco a poco, fue aumentando el consumo de esta, hasta levantarse a media noche con la necesidad de beber. Después llegó esa voz interior que lo aturdió, recordándole lo miserable que era. El aburrimiento y la culpa lo lanzaron contra un precipicio emocional, aferrándose a un estado etílico temporal que en un principio lo inhibía para, más tarde, hacerlo sentir de nuevo como un despojo humano.

—Ya estamos en casa —dijo el español al abrir la puerta del apartamento. El perro salió disparado hacia el salón.

—¡Papá! —Dijo Kalina.

Una palabra maldita para él.

—¿Has comprado lo que te he pedido? —Preguntó Wiktoría con un delantal puesto y un cuchillo en la mano.

—Sí, claro —respondió—. Nada más, nada menos.

Ella sonrió y le dio un beso en la mejilla.

Los tres vivían en un pequeño apartamento de estilo funcionalista, propio de la arquitectura soviética de los años sesenta y parte de un bloque aséptico con forma de colmena. Un habitáculo de 40 metros cuadrados, con un dormitorio, cuarto de baño y salón-comedor que conectaba con la cocina. Wiktoría y León dormían en el sofá cama de la sala de estar y Kalina en el dormitorio. No necesitaban más y como muchas familias, era lo único que se podían permitir.

En la televisión de plasma del salón, el reportero del canal público informaba de una sucesión de actos vandálicos

en la ciudad. León apagó el aparato, se sentó en el sofá y miró a su hija.

—¿Has hecho los deberes de la escuela? —Preguntó en español.

Kalina tenía siete años, el pelo oscuro como su padre y la mirada azul y grande de su madre. En unos años, su belleza nacería con más fuerza como una flor en primavera.

—Es sábado, papá —contestó—, todavía no.

El perro se aposentó sobre los pies del español.

—No lo dejes para mañana —dijo él—. Encontrarás otra excusa.

—Que sí...

Desde la cocina, Wiktoría notó la pesadumbre que arrastraba. Otro de esos días, pensó. Temía que hubiese caído de nuevo en episodio depresivo. Encontrar un trabajo que lo mantuviera ocupado, no resultaba sencillo. León no podía ejercer de profesor porque lo descubrirían. Sólo hablaba español en casa, con su familia, y siempre de un modo comedido. El miedo a que lo encontraran, lo ahogaba todavía más en sus pensamientos. Por tanto, las únicas tareas a las que se podía dedicar eran las físicas, pero su minusvalía ahuyentaba a los empresarios que podían darle una oportunidad.

Aquel espíritu vivo y sediento de vida, se consumía como un cirio en sus últimas horas.

—¿Puedes venir un momento? —Preguntó Wiktoría.

León se levantó y caminó hacia ella. Ella le entregó un cuchillo para cortar carne y dos pechugas de pollo:

—Córtalas en pedazos pequeños.

—Como mandes.

Después bajó el tono de voz.

—¿Estás bien? —Susurró Wiktoría—. Te noto decaído. ¿Ha pasado algo?

—No quiero que nos escuche la niña —dijo él.

Wiktoría encendió la televisión de nuevo y puso un canal con dibujos.

—¡Bien! —Gritó la niña que coloreaba en un cuaderno.

—Ya sabes lo que pienso de la televisión... —gruñó León—. En fin. He visto algo en la calle que no me ha gustado...

—No empieces, León —dijo ella—. La situación política está tensa, como siempre... Estamos en período de elecciones, es normal que intenten agitar el voto.

—No, no es eso.

—Ajá, entiendo —dijo Wiktoría enfadada—: ¿Quieres tener esta conversación de nuevo?

—Sólo intento decirte lo que he visto... —insistió él con voz desgarrada—. No me tomes por loco.

—¿Y qué has visto, León? ¿Qué es lo que has visto?

Kalina miró a sus padres. El rostro de Wiktoría estaba enrojecido.

—Kalina, hija —dijo León—, tú a lo tuyo. Vamos fuera un momento, los papás tenemos que hablar de algo...

—¿Qué sucede mamá?

—Nada —dijo—. Nada por lo que preocuparse, hija. Tu padre...

Salieron a la entrada del apartamento y cerraron la puerta:

—¿Has visto lo que has hecho?

—Has sido tú, Wika, joder... —dijo León—. No pretendía enfadarte...

—León, sé que has sufrido mucho —contestó ella agarrándolo del rostro—, pero déjalo, déjalo ya, sé fuerte, convéncete de que son visiones, pensamientos oscuros que no llevan a nada, sólo a tu más estúpida locura... Tenemos una hija, tienes que cuidar de ella y tiene que ver que su padre está bien y se comporta como una persona normal. Por favor, no me lo pongas más difícil...

—Siento algo en mi interior, Wiktoría —dijo—. ¿Por qué no quieres escucharme?

—Porque Komarnicki está muerto, León —contestó—. Yo estaba allí, contigo, yo vi cómo se moría delante de ti,

de mí y de aquel niño.

—Mi hijo —dijo—, Marcin.

Wiktoría se echó las manos a la cabeza.

—No sé si podré vivir así por mucho tiempo... —dijo ella.

—Abandoné al chico, allí... —dijo León con la voz casi apagada y los ojos encharcados—. ¿Cómo pretendes que sea un buen padre después de lo que hice?

—No, de verdad que no... —contestó ella—. No quiero volver a hablar de esto. Han pasado diez años, León... ¡Diez años! ¿Por qué no vuelves a ser tú?

Kacper ladraba desde el interior del apartamento.

—Hablas de mí como si ya estuviera muerto —dijo él—. Te avergüenzas de la persona que tienes delante, Wiktoría. ¡Lo veo en tus ojos!

El español rompió a llorar.

Se hizo un silencio. Se escucharon pisadas en el interior de los apartamentos vecinos. No era la primera vez que discutían en la entrada, aunque sí la primera que lo hacían en español.

—Será mejor que entremos en casa —dijo ella abrazándolo—. En este bloque hay demasiados mirones.

—Lo siento... —dijo él abriendo la puerta.

—La hemos cagado —dijo ella—. Ahora tendremos que buscar un nuevo apartamento.

—Ha sido mi culpa, no debería ser un lastre...

—No digas eso —contestó—. Eres un héroe, no lo olvides.

—No soy lo que piensas.

—Bueno... ¿Qué era eso que habías visto? —Preguntó en tono reconciliador.

—Nada importante, en realidad... —dijo él—. Tú lo has dicho, puede que tengas razón... Pensamientos oscuros.

—No les des importancia, León —contestó—. Está muerto, ese cretino está muerto, tampoco lo olvides.

Diez años no habían sido suficientes para que León se creyera las palabras de Wiktoría. Recordaba a Komarnicki en el suelo.

A menudo, la familia Komarnicki al completo aparecía en una de sus pesadillas.

¿Cómo se podía sentir culpable por la muerte de un criminal?

Lo hacía y su fuero interno no perdonaba. El español amaba a Wiktoría como no había hecho antes con ninguna otra mujer, ni a Zofia, ni a Irina, la chica de Pastavy.

Ella lo había dado todo por él, salvándole la vida a diario, pero durante los últimos días, actuaba de un modo extraño.

La había sorprendido hablando por teléfono a escondidas.

No podía creerla.

Wiktoría le ocultaba algo.

2

Regresar a Varsovia no fue un camino de rosas.

Tras la rehabilitación de la pierna, caviló la posibilidad de regresar a España y empezar de cero. León ya no era el veinteañero que había abandonado el país en busca de un poco de diversión al otro lado de la frontera. Su rostro no era el mismo, tampoco su cabello. El acento castellano seguía en él, siendo carcomido por los sonidos del alfabeto polaco y las expresiones locales. El cerebro, una máquina de aprendizaje, así como de supresión. El desuso de la lengua, sólo en sus entrañas, se manifestó en traducciones literarias y sin sentido en ambos idiomas. Lo mismo le ocurría con el ruso. El español se sorprendía de que todavía pudiese articular una frase, fuese en el idioma que fuese.

La paranoia de un Estado vigía ante la sombra de Komarnicki le echaba hacia atrás cuando pensaba en abandonar la caseta del bosque. París había sido el destino más lejos de su escapada.

Los años pasaban, aunque su memoria seguía intacta: la estación del norte, esa cabina de teléfono, Zofia y el tren. El rostro de la joven había sido reemplazado por uno más borroso.

La psique decidía qué guardar con precisión y qué no.

León se martirizaba sin descanso, pensando en cómo podría haber cambiado el rumbo de su vida, y la del resto, si no hubiese llegado a pisar esa ciudad.

Oportunidades para regresar a casa no le faltaron.

Otra de las cosas que le sorprendieron fue su capacidad para conducir. Lo hacía como siempre, incluso llevando una pierna artificial. La mayoría de los vehículos manuales habían sido reemplazados con el tiempo.

Junto a la caseta, un Land Rover Discovery bloqueaba la entrada. Wiktoría le dijo que lo usara en caso de emergencia, pero el español conducía hasta el pueblo, compraba cerveza y regresaba. Esa era su única emergencia. Entre las horas etílicas y un mapa de carreteras europeo, trazó en su imaginación la forma de llegar a casa, su verdadera casa en España. Se lo prometió tantas veces que jamás llegó a hacerlo.

A menudo, el alcoholismo lo agarraba por los pies hasta dejarlo seco sobre la mesa de la entrada. En varias ocasiones, Wiktoría lo había encontrado dormido y borracho con temperaturas heladas.

La única solución al problema era devolverlo a la ciudad. Empezarían de nuevo, ella tendría cerca a sus amistades y León encontraría la forma de mantenerse ocupado.

Antes de que llegara diciembre, Wiktoría hizo los petates, metió a León en el Discovery y condujo hasta Varsovia. Sabía que no iba a ser fácil, pero no le quedó otra opción.

Las calles se congelaron, dando paso a una ola de frío procedente del norte que dejó las baldosas blancas, intransitables, repletas de nieve. La pareja se instaló en un viejo apartamento de Bielany que un contacto de Wiktoría les dejaría a buen precio.

—¡Basta ya! —Gritó Wiktoría lanzándole una lata de cerveza vacía a la cara—. ¡No lo aguanto más! ¡Necesitas ayuda! ¿Es que no lo ves?

—Lo que necesito es desaparecer, Wika... —dijo ronco un León casi dormido.

—Estoy embarazada.

—¿Cómo? —Dijo él—. ¿De quién?

—¡De ti! —Gritó—. ¡Imbécil! ¡Eres un jodido imbécil!

Aquellas palabras resonaron en las paredes.

La mirada de León se aclaró y sus pupilas volvieron a su estado normal. Como un cubo de agua fría sobre la cabeza, recuperó el sentido con lentitud hasta levantarse por su propio pie.